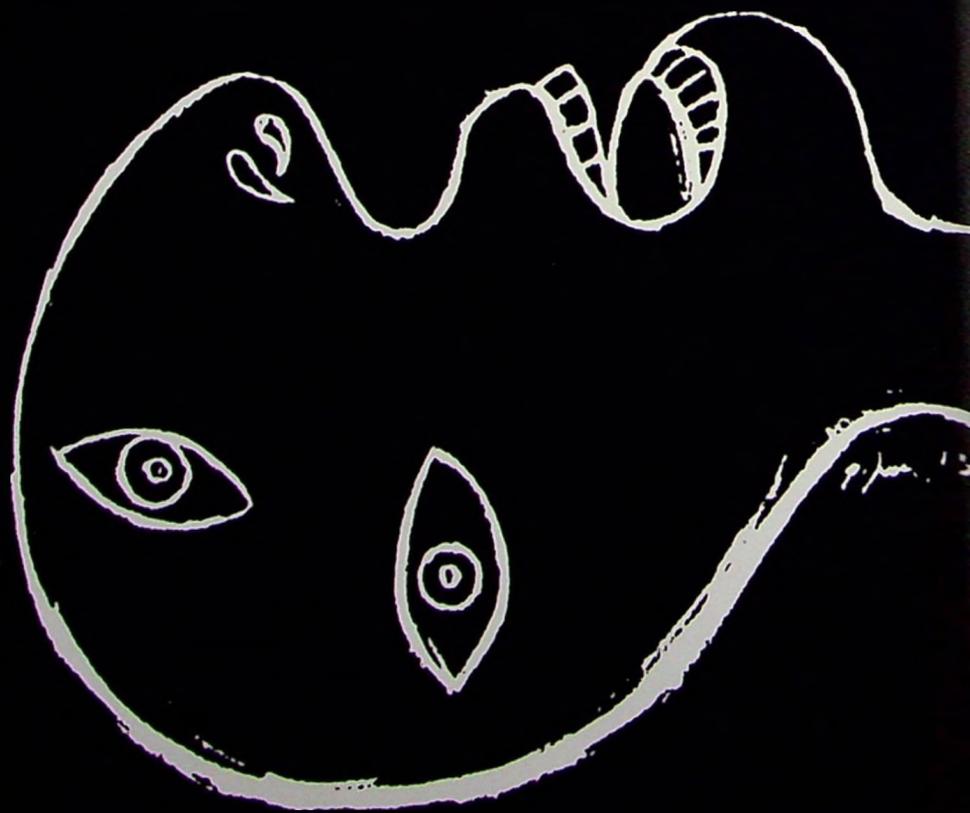


EL DOLOR DE LA VIOLENCIA

En donde escribo sobre lo que vi el Martes 11 de septiembre del año 2001 en Nueva York, comparando la rutina de los días anteriores con los sentimientos encontrados de los días subsiguientes. También agrego recordatorios de nuestra Historia Universal, trayendo a colación la frase: "No lancen piedras los que tiene tejado de vidrio". Finalmente trato, sin resultado concreto, de definir el perfil del artista como testigo de su tiempo, así como intento responderme si el ser humano es mitad ángel y mitad animal o bien mitad animal y mitad bestia.





Mario Toral M.
Decano
Facultad de Artes
Universidad Finis Terrae

Siempre es gratificante encontrar en las grandes ciudades, en esos laberintos de cemento y muchedumbres ansiosas, en la desolación que produce el anonimato; encontrar algo que se parezca al barrio, una reducción a lo pequeño, a lo caminable con nuestros pasos, a lo familiar de la mirada, ir a lugares que ya fuimos, en los cuales el día de hoy se une al de ayer con un sabor uterino de pertenencia.

Chelsea es mi barrio en Nueva York, allí trabajo en mi taller y casi todos los días recorro este geográficamente pequeño territorio que va entre la Calle 14 y la Calle 34 de norte a sur y la 5ª Avenida y el río Hudson de oriente a poniente. Al revés de Wall Street, China Town, el Village o Little Italy no existe en Chelsea la preponderancia de un grupo racial o económico o de conducta sexual, sino más bien una diversidad de actividades en que tal vez la única que se perfila como preponderante sea el negocio de las librerías. A ellas casi todas las mañanas dirijo mis pasos, a tomar un "espresso" en la cafetería de Barnes and Noble, hojeando las revistas y los libros de arte bajo los murales con las imágenes de Walt Whitman, James Joyce, Aldous Huxley, Pablo Neruda o Virginia Woolf. A veces me siento en un banco en Union Square a observar las ardillas, los niños en el Play Ground, las palomas obesas como tantos norteamericanos, los perros en un recinto enrejado en el cual no pelean, conviven, acostumbrados como los "manhattanites" a pequeños espacios. O simplemente a mirar la gente que pasa, tan distintos unos del otro mostrando lo que son con su indumentaria. En el mercado al aire libre que se celebra los miércoles y sábados compro los carnudos tomates de New Jersey, la sidra de la parte alta del estado, los dulces de zapallo de los "amish" o el pan artesanal de estos granjeros. Mis pasos me llevan hasta Strand, según su publicidad, la librería de libros usados más grande del mundo; dos millas de volúmenes reza su cartel en el frontis del edificio. A veces llego hasta la Plaza Stuyvesant, donde hay una estatua en bronce de este holandés, uno de los fundadores de la ciudad. Tiene una pierna de palo, es decir de bronce, pierna que perdió en una batalla. A esta plaza yo la llamo la Plaza del Cojo, sin ánimo de ofenderlo. A este lugar más tranquilo llega otro tipo de personajes. Una mujer que todas las mañanas arroja con furia maicillo a un banco de la plaza, gritando: "Te odio, te odio, tú me presentaste a mi marido". Algunas veces veía pasear a un sacerdote muy concentrado rezando su misal. Deduje que era un obispo o un dignatario de la Iglesia por sus calcetines rojos y la calidad de su sotana, después me enteré que era simplemente un enfermero puertorriqueño que asumía ese papel todas las mañanas antes de ir al hospital. Aunque no sucedió en este barrio, sino en China Town, había un hombre que vivía en una casucha hecha de cartones en la esquina de las Calles Mott y Canal. Quedó de encontrarse allí para contraer matrimonio con su novia, la cual nunca llegó. Él decía

que la iba a esperar en ese mismo lugar hasta que muriera. Y así sucedió.

Si estoy con ánimo llego hasta Washington Square rodeada por los edificios de la Universidad de Nueva York, entre los cuales se destaca la Biblioteca de granito rosado diseñada por Philip Johnson. En la plaza conviven estudiantes, turistas, y vendedores de droga que bajo la mirada aburrida de los "cops" susurran en tu oreja: "I have everything for your head" y como farmacéuticos avezados, encuentran el bolsillo con la marihuana, la heroína, el hashish, la pastilla de éxtasis, o el papelillo de la cocaína. También ofrecen píldoras hechas con distintas drogas. A estos cocteles se les llama "killers".

De vuelta a casa, a veces entro y me arrodillo en las banquetas de la semioscuridad de la Iglesia de San Francisco Javier en la Calle 16. Esta iglesia jesuita representa más que ninguna la diversidad de los neoyorquinos, tanto por su origen racial, sus preferencias sexuales, su aspecto socioeconómico o sus defectos físicos. Aquí se codean los ricos y los pobres, los hermosos con los inválidos y contrahechos, los negros, los rubios, los gays, las lesbianas, los de origen filipino, alemán, italiano, "hispanic", paquistaníes, coreanos. Emociona ver esta representación de toda la humanidad en un solo recinto. El famoso "melting pot", que hace de esta ciudad que acepta la diversidad, la metrópolis más creativa del mundo contemporáneo. Los domingos en las bóvedas subterráneas de la iglesia, se da almuerzo a mil quinientas personas. A veces, no tantas como debería, he ayudado en la cocina o a repartir las bandejas. Aquí en esta iglesia fue el funeral de mi querida amiga, la pintora boliviana María Luisa Pacheco. Leí el responso, comparando el espacio de sus obras con el aire gélido de las cumbres andinas.

Hacia el río Hudson está el nuevo barrio de galerías de arte, creado artificialmente al igual que antes lo fue Soho, por los empresarios de propiedades para aumentar el valor de los edificios del barrio. Más al oeste, en la costanera, están los bares con los gays duros, vestidos de cuero negro, llenos de remaches y cadenas, con sus músculos adornados con tatuajes y a veces paseándose, incongruentemente de la mano como si fueran infantes de colegio. En la Calle 17 hay varias "thrift shops" cuyas ropas usadas son mayormente donadas por las familias o amigos de los gays fallecidos por el sida y para entregar el producto de las ventas a la organización "Gay Pride".

Chelsea es el barrio de los laboratorios fotográficos y por ser Nueva York en Estados Unidos el centro de la moda y las publicaciones están abiertos las 24 horas del día. Un amigo me decía que en todos los pisos de la ciudad hay un fotógrafo, un judío (Jew York) o un gay. A veces se encuentran los tres. Hay grupos de inmigrantes que se han especializado en torno a un rubro de actividad, así los coreanos trabajan las verdulerías, los paquistaníes las gasolineras, las mujeres de China y Hong Kong las tiendas de manicura, los puertorriqueños los fierritos de carne, los hindúes los quioscos de diarios, los iraquíes los "falafels" cho-

reando humus. Los marroquíes elegantes con sus babuchas y caftanes vendiendo falsas maletas de Louis Vuitton, los israelitas los taxis para el aeropuerto, los sihs los taxis locales, los griegos las carpinterías, con pomposos nombres como "Zeus" o "Homer furniture".

De ningún modo hay que esperar en este barrio algo similar a un barrio de cualquiera ciudad latinoamericana, en donde se conoce por el nombre al "casero" de la feria, al cuidador de autos o al diariero. La falta de tiempo, la aceleración por cumplir tu jornada, ganar el dinero e irte a tu casa desaloja el deseo de conocer a la otra persona, se tiene miedo del "eye contact", ("quizás qué lunático puede ser"), y el intercambio urbano es distante y automático, al mismo tiempo que amable con sus frases clichés. Recuerdo que en París, en donde durante siete años compraba en la panadería de la esquina mi baguette para el desayuno, las vendedoras siempre me decían, aunque estuviera solo: "Merci, monsieur, dame".

Sin embargo, a pesar de la falta de calor humano o de ignorar al otro, existe en las calles de Nueva York una complicidad sorda entre sus caminantes. En la ciudad agresiva, competitiva donde en general las personas son capaces, esforzadas, que vienen a luchar, surgir, no hay lugar para el débil, para el contemplativo, para el que no quiere realizarse. La fauna humana camina rápido, a la caza, alertas, las mujeres marchando rápidas con sus piernas musculosas formadas en los gimnasios que proliferan como callampas. Los débiles terminan gritando en una esquina, desnudándose para llamar la atención, cayendo en las drogas o abandonando la isla. Nadie se siente extranjero en Nueva York porque todos son extranjeros o lo fueron sus padres. El neoyorquino auténtico, el que dice con orgullo "nací y he vivido toda mi vida en Manhattan" es "rara avis" y los que he conocido son imperturbables, como decimos en Chile, "curados de espanto". El compartir y haber creado la energía que se siente y se respira, hermana a los neoyorquinos. Es la ciudad donde todo puede suceder, es esta ciudad que amas o que odias, donde todo puede ser comprado o vendido, donde la soledad más angustiante en un par de minutos puede convertirse en la comunión más exquisita o la invitación a una fiesta sacada de las mil y una noches. Todo es posible y cuando el espíritu vive ese estado, el inventar, el crear, el cambiar no tiene límites.

Hoy es martes 11 de septiembre y mis primeros pensamientos fueron para recordar ese día en el calendario de los chilenos. También estaba en Nueva York, aquel 11 de septiembre caminando por la Calle Broadway y veo en la cuneta, medio sumergido en el barro parte de un diario en español que decía "Golpe militar en Chile. Presidente Salvador Allende se suicida". Ahora el malestar se me desliza en el cuerpo, tomo rápidamente el desayuno y salgo para distraerme. Quiero ir a Strand a encontrar las entrevistas de Francis Bacon hechas por David Sylvester y comprar papeles de acuarela en Pearl Paint. La frase "compro luego existo" también me la aplico a mí mismo, sólo que me

limito a adquirir discos, libros y materiales de pintura. Mi taller está en la Calle 17 a pocos pasos de la 5ª Avenida y hacia allá me dirijo. No hay casi nadie en la calle de mi taller pero veo una multitud de personas en la Avenida. La mañana está esplendorosa. El aire transparente en movimiento y una gaviota que cruza por los altos de los edificios me trae la presencia del océano. Noto que todas las personas miran hacia el sur así que imagino un desfile, otro de los tantos en esta ciudad de inmigrantes, donde los irlandeses celebran a San Patricio, los italianos a San Antonio o bien se encuentran los veteranos de la impopular guerra del Vietnam. Incrustado en la muchedumbre dirijo la mirada hacia donde termina Manhattan y en donde, serena en su color de aluminio, es posible ver la Torre Norte del World Trade Center. La Torre está herida en un costado, pero parece ser un incendio fácilmente controlable. La gente habla entre ellos, me llegan frases en idiomas que no conozco, chino, árabe, alemán. Se ha roto el miedo de hablar con un desconocido y un coreano en inglés quebrado me dice que dos aviones han chocado cada uno impactando a una Torre. Inmediatamente mi cerebro ata cabos, aviones suicidas, fanatismo político o religioso, el recuerdo del estallido de bombas en el subterráneo de la Torre sur en 1993, el recuerdo reciente de un representante de los Talibán en Londres anunciando que en los próximos días sucederá una tragedia que nunca nadie va a olvidar y automáticamente me viene el nombre de Osama Bin Laden. Pero la angustia de todos es desear que la gente tenga tiempo de escapar del incendio. El cielo límpido, la hermosa perspectiva de los edificios de la 5ª Avenida, el Arco de Triunfo de Washington Square algunas cuadras más allá, la Torre azulada a la que le brotan luces rojizas sólo en un sector, hacen que cueste creer que lo que sucede es una tragedia. El escenario tiene una cierta belleza, el círculo de fuego coronado por el humo que cada vez es más oscuro. Un color café oscuro que comienza a crecer y a rodear la gigantesca estructura como un "donuts" enorme que adorna la Torre o que la estrangula en un abrazo. Hay algo de absurdo, de incongruente, algo que no puede ser posible que suceda y que en nuestro cerebro no se puede relacionar. El espectáculo con la tragedia.

La belleza del fuego, la belleza de estas construcciones desafiantes que como en esas Torres de Babel de la Biblia cuando en aquel tiempo el hombre quiso llegar a la morada del Creador y ahora en esta ocasión en este milagro de la ingeniería, refulgente con el sol brillando en sus lomos plateados. Imagino que los que vieron la forma de una explosión atómica, ese hongo jamás soñado primero quedaron impresionados por el espectáculo. El ojo no tiene moral. Es un puente que luego toma el camino al cerebro. El animal plateado está herido, la serpiente de humo y fuego lo estrangula, ahora completamente. En la multitud se escucha el silencio del drama que se avecina. El "donuts" se repliega hacia sí mismo, invade el aluminio, se aspira hacia su interior devorando las formas geométricas de la construcción. De pronto viene lo indescriptible. El "donuts" explota, se ve como se expande, llegando el ruido más tarde y cuando éste llega la imagen atrasada es la de un cuchillo que se hunde verticalmente



en un corazón. O como un cuchillo en la mantequilla la gigantesca antena se incrusta perfectamente vertical en el centro del paralelepípedo de plata, como si se hubiera hecho un ensayo para que la escena fuera impecable. La línea de acero desaparece en la fumasa y todo se desploma, de manera absurda, en este día tan hermoso con las gaviotas cruzando los cielos. Con el edificio se desploma la esperanza, el deseo de que la gente pudiera huir, pudieran escapar de este cementerio de acero, cemento y cristal. Brillan los fragmentos de los vidrios que con la explosión se han disparado por kilómetros en el espacio, reflejando en ellos la luz del sol en este día de otoño en el cual esto parece ser la macabra celebración de una desgracia.

Algunas personas caen de rodillas en el pavimento: "My God", "My God" es lo que más se escucha, hay quienes dicen: "No es verdad", una señora a mi lado exclama: "Qué monstruo puede hacer esto". Pearl Harbour también escucho decirlo. Pero es la invocación del nombre de Dios lo que como una letanía se escucha. Ahora hay un hueco en el "sky line" de Manhattan, la desaparición de las Torres ha sido tan cruelmente rápida que parece ser el acto de un mago. Se acabó la esperanza, ahora hay que contar los muertos, llamar a los amigos que trabajaban en las Torres o en los alrededores. Unos argentinos con los cuales he hecho comentarios, con mal gusto me dicen: "Eran aviones de Lan Chile". "Pagamos por ser ricos", dice un señor de edad, ahora todos se hablan, la tragedia ha abierto la comunicación, me recordó la noche del apagón con Nueva York a oscuras, en la que sin embargo hubo menos robos y crímenes que de costumbre y que nacieron más bebés que nunca nueve meses después. "My God, My God" me retumba en los oídos, es como si el idioma no tuviera más palabras. Me molesta que lo recordemos ahora, ante lo incomprendible. Me viene a la cabeza la imagen de que es el cuchillo de la antena el que está matando a las personas, una por una y que el fuego es parte de una ceremonia diabólica.

¿Usted ha visto a las hormigas cuando algo desbarata el hormiguero y salen asustadas sin control, en todas direcciones?

El barrio tan ordenado en su energía controlada está asustado.

No son sólo las Torres Gemelas lo que ha desaparecido. La tragedia se presiente, va mucho más allá. El orden de la rutina con el cual hemos vivido se ha esfumado. Presentimos un futuro de incertidumbre, la inestabilidad de una angustia permanente, no será la guerra que condecora héroes, ni siquiera la guerra congelada de apretar botones. Presentimos una guerra de cucarachas, subterránea, de espías y traiciones, de dar recompensas por quien trae la cabeza, una guerra esponjosa que absorbe todo y justifica todo, donde las sombras tienen su morada. Vendrá la desconfianza por el color que tiene tu piel o el odio porque no comprendo tus creencias, o porque no me gusta lo que tú comes ni me gusta tu acento, desconfiaré de aquel al cual le compro el "falafel", desconfiaré del taxista que me lleva, del que se sentó al lado mío en la plaza y todos nos miraremos con miradas oblicuas. El barrio no será el de antes.

La ciudad está de luto

Union Square, mi plaza, ya no tiene suelo. La esperma lo cubre todo, miles de velas que se derriten durante el día y durante la noche, vuelven a erguirse otras de todos los colores y tamaños, la llama que en el día no se nota en la noche inventa el espacio de una capilla. La cera se desparrama en el cemento o en la gravilla. De noche su luz ilumina los rostros fantasmagóricamente de abajo hacia arriba como cuando niños nos poníamos una linterna en la barbilla para asustar a los compañeros. El esperma de distintos colores se quema junto con los pabilos despidiendo un olor acre de templo. La gente va poniendo pequeños objetos que para cada uno representa algo importante, una Biblia, un crucifijo, un Buda, el collar de un perro regalón, amuletos, veo una figa brasilera que trae la suerte, cosas que han dejado los niños, gladiadores en miniatura, un oso de peluche, la imagen de un santo, tarjetas postales de las Torres con corazones rojos pintados por encima, parece que con esmalte de uñas. Los ramilletes de flores hacen promontorios, abajo van quedando las marchitas con los pétalos deshechos que se van desintegrando con el esperma, cada cierto trecho hay contenedores de la Cruz Roja, están llenas de billetes, es la ayuda de la gente común, el dólar del obrero, el dólar del estudiante. El pueblo norteamericano, como todos los pueblos, es generoso, han pedido que no se done más sangre, ni que vengan más voluntarios a encontrar cadáveres entre los escombros de las Torres. Los árboles de la plaza y los monumentos están cubiertos de fotocopias de los desaparecidos en la catástrofe. Por los nombres se ve el multirracismo de la ciudad, por sus rasgos físicos, los hay de todas las edades. Elaine, Giovanni, Ali, Kim, Rudolph, José, todos diferentes, sólo los une el estar desaparecidos. Las flores marchitas, el olor de la cera, las fotocopias de los desaparecidos recuerdan el escenario de un país subdesarrollado. Esto podría ser en México, podría estar en una calle de Quito, podría ser una animita en Chile. La superpotencia se ha visto reducida a una escala paupérrima. Ante el espasmo de la muerte, ante la incertidumbre, ante el ser querido que no se encuentra, los trajes que producen las diferencias se desnudan, las lágrimas son iguales, sea como sea el color de la mejilla, ser vulnerable es

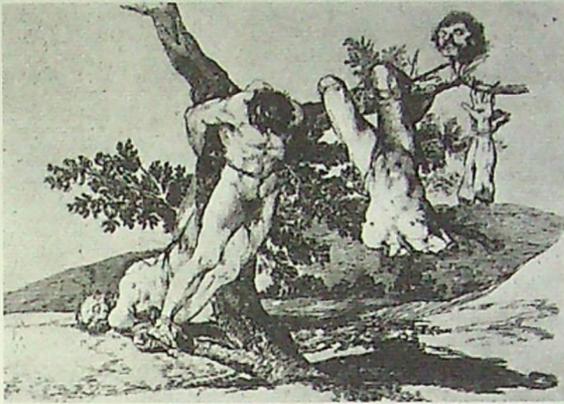
atributo tanto del débil como del poderoso.

Oradores espontáneos, jóvenes en su mayoría, hablan por la paz y el amor, son la repetición de los "Flower Children" del Vietnam, la guerra inútil de Estados Unidos que les dejó ochenta mil muertos y miles de inválidos. Un israelita toma la palabra: "Ahora ustedes comprenden lo que es el terrorismo, nosotros vivimos así continuamente, los palestinos son todos terroristas y Arafat es un mafioso". Más tarde un hombre pide un minuto de silencio por el piloto del avión que se estrelló cerca de Filadelfia: "Fulano era un representante activo de la comunidad gay. Ahora es un mártir". Un negro, en traje verde de campaña grita: "¡Tírenle la bomba atómica!". Pero este tipo de perorata sólo encuentra pifias o silencio desaprobador. No es el momento de hacer propaganda por tus ideas o promover acciones tipo Rambo, es el momento del "De profundis", solidarizar con las víctimas y sus familias, encontrar los desaparecidos, viajar hacia nuestro interior, tratar de comprender, rezar.

En el centro de todos los senderos de la plaza se han extendido rollos de papel blanco en forma continua, un pergamino ondulante donde la gente escribe sus comentarios: "Paz, no a la guerra", "No a las bombas", son los más frecuentes. Se han dejado lápices de colores, plumones; algunos pintan, yo dibujo las Torres, unidas por la bandera chilena con la estrella sangrando. Estos escritos espontáneos me recordaron las cercas de madera de la casa de Neruda en Isla Negra, repletas de mensajes de enamorados. Los caminos de la plaza son ríos de sufrimiento, sólo hay la poesía del dolor aquí, donde antes estaban las lisas berenjenas, los rábanos como rubíes, los tomates de los granjeros. Por el olor a cera, el desagradable olor a quemado que el viento trae de las Torres el lugar donde estaba el Mercado al Aire Libre se ha transformado en una Catedral al Aire Libre. Una inscripción en un papel que alguien me dio decía: "Eye for an eye leaves you blind". Ya en la segunda noche de los velatorios aparecen chinos vendiendo como souvenirs, ceniceros de bronce con la imagen de las Torres incendiándose, no entiendo como, técnicamente, los hicieron tan rápido. Los ofrecen gritando: "uan dola, uan dola". Me recuerdan los mercaderes que Cristo a latigazos expulsó del templo.

En la cuarta noche una procesión circula por los caminos de la Plaza. La encabeza un cura obeso, con una triple papada, rubicundo, un cura salido de las páginas del Decamerón de Boccaccio, fastuoso en su espléndida casulla verde y dorada, portando en sus manos regordetas una gran cruz de bronce. Viene seguido de otros curas más discretos en su atuendo y más atrás algunos monaguillos. Vienen con incensarios y los acólitos reparten escapularios y medallas. La escena me deja la impresión de una iglesia apegada a la liturgia, a la forma, a conquistar adherentes, incólume a los acontecimientos, preservando sólo sus ritos. Sin embargo...

Hoy es domingo 15 de septiembre. La Iglesia de San Francisco Javier en la Calle 16 está concurrida como nunca lo ha estado.



En las grandes tragedias, cuando las preguntas no tienen respuesta, cuando creemos que no merecemos el mal que nos hacen o que no entendemos porqué lo causamos, cuando se siente el dolor en el vértice del pecho, en nuestro limitado entendimiento, sin embargo nos quedan fuerzas para mirar hacia arriba, hacia la esperanza, hacia la calma que tranquilice nuestra ansiedad, hacia una verdad que contenga nuestras lágrimas, hacia una fuente de sabiduría que sacie nuestra ignorancia. Los que creen en Dios, se preguntan: "Por qué ha sucedido esto, por qué un Dios pleno de bondad permite este dolor, esta injusticia. Qué mal hicieron estas personas para merecer morir quemados o aplastados por bloques de cemento o permanecer vivos por días, agonizando en la oscuridad, desangrándose lentamente, conscientes de no tener salvación en su agonía? O los policías o bomberos que volvieron y subieron las escaleras llenas de humo con las estructuras ya crujendo, para rescatar a las víctimas? Tantos jóvenes negros, rubios, de ojos alargados, en el comienzo de su vida, la cual no alcanzaron nunca a conocer? Por qué el Dios bondadoso del Nuevo Testamento permite que esto suceda? O Alá, Buda, Jehová o cualquier nombre que le demos a este injusto Todopoderoso? Dice Dios en el Libro Sagrado de Occidente que el hombre fue creado a su imagen y semejanza; Tiene entonces Dios la maldad dentro de él? Para qué creo al hombre con todos estos sufrimientos? No son sólo los muertos los que van a ser contados, están también los hijos, los nietos, los padres, las esposas, los amigos a los cuales esta desgracia les dejará ceniza en su frente. ¿O esto sucede para que saquemos una lección y modifiquemos nuestro comportamiento? Si va más allá de nuestra razón comprender los designios de un Dios, no es un acto de creación egoísta no haber dotado a sus criaturas con la perfección de su entendimiento? En nuestra misérrima escala humana, ¿una madre no trata de dar a su hijo todo lo que tiene, todo lo que es y todo lo que entiende? ¿Qué jugarreta es esta de darnos la vida para no poder entenderla? ¿O todos estos Libros Sagrados no son más que estupendas creaciones humanas escritas para dar respaldo a los poderes de los pontífices y dignatarios y mantener tradiciones y un orden social y político? ¿O los escribientes de estos Libros Sagrados se deleitaron usando su imaginación para sacar de la nada a fantasmas inexistentes? Parece ser que la reli-

gión es sólo una rama de la literatura fantástica.

El sacerdote que va a oficiar la misa es el mismo gordito que se paseaba con sus acólitos el día viernes 13 en Union Square. El Evangelio de este domingo es la historia del Hijo Pródigo. Un padre tiene dos hijos. Uno de ellos pide su parte de la herencia y la despilfarra en placeres mundanos. Vuelve arrepentido a su casa en donde el padre lo recibe de brazos abiertos y manda matar corderos para celebrar su vuelta. El otro hermano se queja diciendo: "Yo te he obedecido toda mi vida y sin embargo nunca me has dado ni siquiera un cordero para celebrar con mis amigos". El padre responde: "Este hijo para mi estaba muerto y ahora ha resucitado, ha vuelto a nuestras vidas, hay que darle amor y esto hay que celebrarlo". El cura tiene una voz sólida, se ha bajado de la tarima y camina por el pasillo de la iglesia: "Es más fácil saciarse con la venganza, que perdonar y dar amor". Yo ya no lo veo gordo sino macizo y si es corpulento ahora lo veo como un hombre que ama la vida. Sus manos pequeñas son elocuentes y sus gestos tiene convicción: "Cristo en la cruz en sus últimos momentos exclamó: Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen".

Pienso que todos los seres humanos queremos la paz y no queremos ejercer violencia sobre nuestros semejantes. Si este deseo lo representamos como un hilo armónico, ¿dónde y por qué es que se rompe y caemos en el abismo irracional de matar, de inventar armas perfectas y eficientes para cumplir ese propósito?

El estar en la iglesia, en esta iglesia tan familiar donde pareciera que hay un representante de cada especie de la raza humana, me ha reconfortado. El rezar, aunque me siento agnóstico, me ha unido con estas personas que rezan y me he unido con todas las que rezan en otras iglesias, mezquitas, pagodas, sinagogas del mundo entero. Ningún Libro Sagrado de ninguna creencia acepta la muerte en sus páginas, la religión es vida, la violencia termina en muerte.

Recuerdo haber leído que muchos monasterios de la Edad Media, aislados en una colina, no ejercían ninguna obra parroquial y no tenían ningún contacto con los naturales del lugar. Sólo rezaban. Y alrededor de ellos se formaban los caseríos, luego los pueblos, como si estos conventos con sus interminables rezos







crearan un manto protector, bajo el cual se sentían cobijados. Estamos condenados a no entender, pero sólo amando, con la humildad de nuestra condición, nos llueve del cielo algo de esperanza y de plenitud. El gesto del amor nunca es un desperdicio. En la Calle 18, en la sede de los bomberos, hay verdaderas montañas de flores. La tragedia no ha sido una pérdida del todo y la confianza en el hombre jamás debe perderse. Si con una cuchara sacamos agua del océano y tiramos esa agua en la arena, el océano ya no será el mismo.

La Humanidad es una sola. Ahora la balanza se inclina hacia la angustia. Pienso en nombres sustantivos como hecatombe, tragedia, pero los conjugo como verbos: Yo hecatombe, tú hecatombe, él hecatombe, nosotros hecatombe, vosotros hecatombe, ellos hecatombe, lo mismo con la palabra tragedia, yo tragedia, tú tragedia. La Humanidad es una sola. La venganza que sembramos traerá una cosecha de desgracias y entre tantos edificios, templos, museos, monumentos rotos ni siquiera quedará una voz que recuerde: "Piedra sobre piedra y el hombre donde estuvo".

En los conflictos o en la guerra, lo primero que muere es la verdad.

Nunca en la Historia de la Humanidad una nación ha concentrado tanto poder como el que tiene Estados Unidos en la actualidad. El dominio mundial de este Imperio moderno sobrepasa lejos al que tuvo Atenas, Bizancio, Roma, el Islam. El Imperio Español, o más recientemente el Británico. Ninguno, tampoco, ha causado tanta admiración, al igual que tanto odio. En los consulados norteamericanos alrededor del mundo se ven filas de personas que dan vuelta las esquinas, esperando conseguir la visa que los lleve a ser parte del "american way of life". Por su exitosa economía, por el desarrollo de las ciencias, de las artes, de la tecnología, por la movilidad de las clases sociales y económicas, por sus universidades, su apertura a lo nuevo, las oportunidades para surgir sea cual sea tu origen, el espejismo de diversiones sin límite, el continente norteamericano es un imán que atrae a multitud de inmigrantes de todo el orbe.

Cuando ahora hablamos de globalización, sería más correcto hablar de 'norteamericanización', pues son los productos y las costumbres de ese país las que se imponen en el mundo entero. Su total manejo de los medios de comunicación, televisión, publicaciones, cine, ha hecho que el mundo moderno se mueva al ritmo que él dirige. Actualmente es tan grande el poder de la imagen visual, aún más que la palabra, que en la simbiosis del acto y de su registro no sabemos cual se produce primero. Recordemos el desembarco de los "marines" en las playas de Somalia, en donde la CNN estaba ya instalada antes que ellos y que teníamos la impresión que un camarógrafo podría haber dicho: "Corten, repetamos esta toma".

Hollywood ha dado corporiedad en el celuloide a los sueños y pesadillas de la realidad norteamericana y nosotros los hemos incorporado a la nuestra como si sus tradiciones nos pertenecieran. En un momento de la niñez fuimos "cowboys" o "el jovencito", Satanás pasó a la historia vencido en sus maleficios por la Momia, el Hombre Lobo, Frankenstein o Drácula. El esmirriado Don Quijote, apenas de espada y lanza, en un destartado caballo, palidece "desfaciendo entuertos" al lado de Arnold, Superman, Flash Gordon, cargando en sus hombros atados de ametralladoras o pistolas de rayos laser. Rescatando doncellas nadie se la gana a los héroes norteamericanos, destruyendo solos, cuarteles enteros de asiáticos bien armados como lo hace Sylvester Stallone, dejando en ridículo a un San Jorge luchando apenas con un dragón. El mismo Mesías en una pieza de Broadway se convierte en "Jesus Superstar". Nos hemos acostumbrado a recibir este mundo y encarnarnos en él más que en otro continente, más consecuentes con sus tradiciones y modo de vivir propios. En Latinoamérica somos dóciles y en calidad de "patio trasero" aceptamos todo a ojos cerrados.

Estados Unidos se ha mostrado como un país creador en todas las ramas de la actividad humana, en lo que a mí me concierne como persona cercana a la cultura admiro a un Orson Welles, John Steinbeck, Frank Lloyd Wright, Jackson Pollock, Charlie

Chaplin, Geoge Gershwin. Edward Hopper, Susan Sontang, Stanley Kubrick, Woody Allen, John Dos Passos y tantos otros creadores que han abierto ventanas de inspiración en sus respectivos campos. Lo mismo va mi admiración para personalidades como Abraham Lincoln, Franklin D. Roosevelt, "Patch" Adams, Martin Luther King y otros imposibles de citar por su número en estas páginas.

Su pueblo ha mostrado gran generosidad al ayudar a otros pueblos que a veces ni siquiera saben geográficamente donde están y yo particularmente, viví este sentimiento de ser bienvenido estando en Nueva York en la década de los setenta, cuando existiendo dictaduras militares en casi todos los países latinoamericanos, los exiliados, en algunos casos, la inteligentzia de esas naciones, fueron acogidos en universidades o en otros puestos de trabajo, con cátedras, seminarios, y oportunidades de exponer sus experiencias libremente.

Igualmente su subcultura o cultura popular como la música rock, la inserción de sus productos comerciales, que sin perder mucho tiempo son imitados. Se comienza a correr en las calles de Nueva York, se termina corriendo en París; se patina en Nueva York, se patina en Buenos Aires. En Santiago de Chile vi un programa de televisión que entrevistaba a unas jóvenes "punk" de una modesta población en la periferia de la ciudad. Todas de cuero negro, con toperoles y remaches, con el pelo similar a la Estatua de la Libertad y cuando se les preguntó porqué se vestían así respondieron, "Porque somos originales". Caminando por una calle en Isla de Pascua me acerco a un grupo de pascuenses con las puntiagudas botas de cowboys, jeans y anteojos Ray Ban. Uno me saluda llevándose la mano al sombrero como lo hace un vaquero de un western y me dice: "Hi".

Estados Unidos tiene, como país, las bases de la democracia, prensa libre, separación de los poderes del Estado, autoridades elegidas libremente por un período determinado. Cosas que en América Latina aún en muchos países, son sólo una aspiración.

Sin embargo este país que habla de paz y libertad es el inventor, productor y distribuidor de las armas de guerra más sofisticadas y letales. Es su mayor y más cuantioso rubro de exportación. Cómo se puede hablar de paz vendiendo armas de destrucción a granel, que incluso los empresarios de la muerte las venden libremente por internet, en un sitio web que en el comienzo de su catálogo de ofertas de misiles y otros, se lee "God bless America"?

Habla de libertad, pero apoya todos los regímenes dictatoriales que cooperan con sus intereses comerciales o con su geopolítica de poder, haciendo vista gorda a los desmanes, torturas, que jamás permitirían dentro de sus fronteras, incluso mandando "profesionales de esta actividad" —como el norteamericano Dan Mitrone, experto en torturas— a Uruguay, para obtener información a fin de dismantelar a los tupamaros.

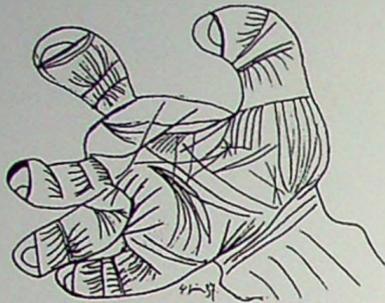
Pertenece al mundo occidental y en estos momentos de angustia nuestra primera reacción es tachar de bárbaros a los pue-

blos que tienen otras conductas. Efectivamente, nos hiere el modo como en esas sociedades se trata a las mujeres, que no se les permita el acceso a la educación, llegando al extremo de apedrear a la adúltera hasta la muerte o cortarle la mano al que roba. ¿Pero sería posible tratar de hacer cambiar costumbres milenarias, basadas en tradiciones profundas, que responden a creencias en países donde el poder y la religión van juntos?. Islam significa sumisión a Dios. ¿No seremos también nosotros bárbaros en el mundo occidental cuando quemábamos vivos a los que presuntamente transgredían las leyes de la religión católica durante la Inquisición o en las ordalías o juicios de Dios cuando para probar la inocencia el fierro no tendría que quemar la piel del enjuiciado o en nuestra América cuando durante la colonización la Iglesia aseguraba que los "indios no tenían alma"? ¿O cuando en la Segunda Guerra Mundial ocho millones de judíos fueron incinerados o eliminados con un Dr. Mendele haciendo experimentos con la vida humana como si fueran conejillos de las Indias?. ¿O las bombas atómicas de Nagasaki e Hiroshima con 160 mil muertos y centenares de miles que tuvieron que vivir su vida deformados por la radiación nuclear, o en la Guerra de Vietnam, donde se freía vivos a los vietnamitas con el napalm o el efecto del gas naranja y otros químicos que se desparramaban indiscriminadamente sobre soldados y civiles?. ¿O las matanzas del Ku Klux Klan, o el rescate de un solo hombre, Antonio Noriega, en la invasión de Panamá, que costó la vida de tres mil panameños?.

Los países islámicos tienen temor de que la avalancha de influencias externas haga desaparecer sus creencias y tradiciones y así los Talibán cuelgan los aparatos de televisión de los árboles como ajusticiados. Estos países pobres como Afganistán, invadido desde Alejandro Magno, destruidas sus mezquitas, casas, hospitales, una y otra vez, por ingleses, rusos, norteamericanos, cuando sólo les queda el paisaje y tiene que defenderse en cuevas, lo único que les resta es la fe y su honor. Si entregaran a Bin Laden quedarían como no existentes, unos turbantes, más abajo las túnicas raídas y las sandalias. No quedaría persona.

Nos cuesta entender que haya otro progreso o finalidad de vida que no sea el material. Nos cuesta entender que en esa civilización el poder político y la religión van juntos. ¿Tendremos que organizar cruzadas para hacerlos cambiar? ¿No sería mejor tratar de entender la profundidad de su idiosincrasia y no ofender sus costumbres con términos arrogantes como alguna gente sin sensibilidad en Estados Unidos que llaman a los pueblos árabes "sand niggers" (negros de la arena)? ¿No nos ofendería si alguna nación situara tanques y cañones cerca del Vaticano como lo hace Estados Unidos cerca de La Meca, lugar de la Piedra Sagrada donde oró el Profeta Mahoma?

El pueblo judío, base del cristianismo, pueblo que ha dado tantos genios y hombres notables en todos los campos de la actividad humana, era errante y necesitaba una patria. Pero para ganar esa patria un millón de palestinos quedaron sin patria y tuvieron que



exiliarse en Jordania. El apoyo irrestricto de Estados Unidos a Israel genera odio entre los pueblos árabes, así como el apoyo de Estados Unidos a regímenes corruptos como el de los sauditas que juegan a dos bandas, invirtiendo los dólares del petróleo en bonos del Tesoro de Estados Unidos por una parte y dando dinero por otra, a los fundamentalistas por temor a que desestabilicen sus gobiernos.

El sentirse marginados del resto del mundo, el miedo a que desaparezca la esencia de su cultura, el sentirse agredidos por mensajes de libertad que ellos no comparten, termina creando personas que luchan contra esta invasión con medios criminales. A veces los ideales de los terroristas son correctos pero los medios para conseguirlos son abominables.

El Dios del Corán no es el Dios de la Venganza. "Alá es hermoso y ama la belleza", dice el Profeta Mahoma. Y en esta frase no hay lugar para la violencia ni para la muerte.

Aunque cada cual puede hacer lo que quiere con su dinero o con el producto de su esfuerzo —y especialmente Estados Unidos que es un país que con su propio ingenio se ha elevado a ser el más rico del mundo—, mucha de esta riqueza proviene de la explotación de materias primas de otros países o gira en torno a economizar las suyas y gastar las de otros, como es el caso del actual conflicto en Asia Central, donde están las napas de petróleo más importantes del planeta. En ocasiones ha recurrido a la fuerza bruta, "el gran garrote", para mantener su status, por ejemplo, las innumerables veces que los marines desembarcaron en América Central en defensa de la United Fruit inventando ellos mismos el peyorativo término de "banana republics" para estos regímenes que manipulaban a su antojo. Un presidente, Juan Bosch, de República Dominicana, elegido democráticamente, tiene que renunciar algunos días después con los barcos norteamericanos *ad portas*. Queda un resentimiento en América Central que vuelve a avivarse con la invasión a Granada. El despilfarro, la danza de los millones y billones de dólares, las excentricidades de los millonarios norteamericanos, los sueldos exorbitantes

de los artistas de cine y las figuras del entretenimiento deja un resentimiento en las naciones pobres cuyos habitantes tienen que mal vivir con una centena de dólares al año, sin tener agua potable, viviendas mínimas o atención médica.

Liderar el mundo conlleva una obligación moral, de lo contrario el descontento, el sentirse marginados, crea una rabia que se transforma después en actos irracionales. El mismo día de la tragedia de las Torres, junto con el dolor, vino un desahogo espontáneo, como lo que se siente en la confesión. Un norteamericano decía: "Soy chofer de una limousina, diariamente llevo a un hombre de negocios a Filadelfia. Le cuesta 900 dólares cada vez; una vez le pregunte, "por qué no toma el tren que vale unos pocos dólares; no importa, me respondió, paga la compañía". Otro hombre comentó que uno de sus amigos es mozo en "Four Seasons", el restaurant más caro de Nueva York, donde a veces una comida de seis u ocho personas regada con algunas botellas de Dom Pérignon le podría dejar una propina cercana a los mil dólares. Curiosamente, Manhattan tiene la distribución de riqueza más desigual en Estados Unidos y la expectativa de vida en Harlem es similar a la de los países más pobres de la tierra. Con la información globalizada a estos pueblos de las naciones más pobres se les exagera el sentimiento de exclusión y en algún desequilibrado nace el deseo de hacerse notar destruyendo. Recordemos a Erostrato, el pastor griego que pasó a la historia por haber incendiado el Templo de Diana en Efeso...

Hasta que esta tragedia acontece, Afganistán era sólo un lugar en el mapa. Ahora que vemos las imágenes de la guerra, los niños con sus deshinchadas túnicas y descalzos, con sus ojos negros, expresivos, que ni siquiera el hambre los destituye de su belleza, o los ancianos juntando los pocos granos de arroz con sus dedos escuálidos, o las filas de refugiados cargando pertenencias tan miserables que en otros países estarían en la basura, errantes en sus carretas que empujan como animales, aprendemos que Afganistán no es sólo un lugar en el mapa. Todo lo que sucede tiene su causa y el mal no está en la epidermis sino en los niveles más profundos de cada nacionalidad. La humanidad tiene que solidarizar con los desposeídos. Cuando nuestra casa arde en llamas ya es demasiado tarde para comenzar a cavar el pozo de agua que extinguirá el incendio.

Creo que frente a cualquier hecho exterior, después de las primeras reacciones emocionales, viene una relación del acontecimiento con nuestra profesión o actividad. La catástrofe de las Torres Gemelas a un hombre de negocios le despertará emociones distintas a las de un ingeniero, sociólogo, militar, escritor o sacerdote. Escribí lo que presencié con mis propios ojos en los días de la tragedia como un hombre de la calle, más adelante traté del por qué se produce este hecho bajo la mirada de alguien que se interesa por el devenir de la humanidad. Ahora quiero referirme a ello desde la profesión a la cual he dedicado toda mi vida.

He imaginado la obra de un pintor como una gran tapicería en donde hay centenares de imágenes muy distintas las unas de las

otras, por la diferencia de tiempo en que fueron vividas, por cambios en su personalidad y por lo que fue experimentando y viendo ("Lo único superior a la belleza es el cambio", Virginia Woolf), por nuevas obras que reemplazaron a otras, por transformaciones de su posición ante el mundo, por los cambios frente al amor, a su sensualidad y a su sexualidad, a la amistad. A todo esto le podríamos llamar crecimiento, con la salvedad de que no es una ascensión en la cual vamos a llegar a algo mejor. Cada una de estas imágenes es el testimonio único de un momento tan valioso en sus victorias como en sus fracasos. El arte no crece como las ciencias por acumulación de conocimientos, cada vez es nuevo.

En esta tapicería hay partes conflictivas donde el pintor trató de representar la brutalidad, la injusticia; en otras se acercó a la armonía, al orden; a veces las formas son coloridas y en movimiento y transparentan ardor y frenesí, así como pueden ser grises y quietas como un estanque al atardecer. Hay grandes vacíos en que la enfermedad, el dolor, la duda, no llegaron a concretarse en formas. Hay partes recargadas, barrocas, en que la pasión por vivir concluyó en un torbellino que desafió todas las reglas. Podríamos decir que a veces se dejó llevar por cosas insignificantes, como el ala rota de una mariposa o por cuántas circunvoluciones tiene el espiral de un caracol o que se preocupó por cosas que desaparecen, que no dejan rastros como una huella que se esfuma en la arena cuando llega la marea. Otras veces se creyó un pequeño Dios tratando de crear imágenes que van más allá de su capacidad; otras veces el mensaje quedó oscuro en su representación y la gente entiende algo diferente a lo que él quiso expresar.

En resumen, podríamos decir que esta tapicería es confusa, a lo que el pintor podría defenderse diciendo: "Tenemos claridad sobre nuestra vida?".

Hay flores y espinas, imágenes de sueños. Soñar no es escapar del mundo que nos rodea, consiste en imaginar un mundo feliz, sin dolor y tratar de construirlo en esta tierra. Si dibujó el músico sufriente y humillado es con el deseo que veamos esos brazos extendidos con alegría hacia el cielo, si pintó llamas carmines que parecen de una destrucción, su deseo es que esas llamas sean símbolo de esperanza y si pintó las escenas en donde el acero y el cemento se desmoronaron en el día de la catástrofe, a él le gustaría que de esas grietas surgieran raicillas y plantas.

La Historia de la Humanidad puede ser escrita a través de las guerras y las guerras dejan muertes.

También hay otras tragedias como epidemias, personas que por defender sus ideas políticas, científicas o religiosas fueron al martirio y con el sello de su muerte les imprimieron solemnidad y permanencia. Hay regímenes que para ejemplarizar la fuente de su poder recurrieron a torturas inimaginables como fue el regicidio de Enrique IV, François Ravaillac, mantenido vivo por dos semanas desollado, con azufre en su piel viva para luego ser descuartizado por cuatro caballos. A veces el que ejerce la justicia es más bestia que el culpable. Estas torturas las repite la civi-

lizada Europa en los campos de concentración hace escasamente seis décadas. Los falsos experimentos del Dr. Mendele con judíos rumanos inmersos en agua con hielo para contar sus horas de resistencia antes de morir congelados o aquella mujer que hacía pantallas de lámparas con la piel de los prisioneros.

En los prolegómenos de la guerra, en 1937, durante la Guerra Civil Española, los nazis bombardean el pueblo indefenso de Guernica en el País Vasco. El pretexto era ayudar a Franco, pero la realidad era probar las bombas y los aviones que después usarían cuando desataron el conflicto mundial. La guerra que dejaría veinte millones de muertos. Un pintor que en sus primeros años sus obras había mostrado compasión por los pobres, pero de un modo genérico, reacciona con pasión frente a este estímulo en donde su tierra natal es violada y una semana después del bombardeo comienza a trabajar afiebradamente en este tema. Para mostrar su horror recurre a la distorsión y al desmembramiento de lo que él más ama en la vida. Las mujeres. Destruyendo lo que se ama, el artista lacera su corazón y su misma sangre se convierte en tinta para dar cauce a su indignación. Es día de mercado en Guernica y la plaza está llena de mujeres y niños de la campaña. Imagina símbolos, el toro, la brutalidad, el lado oscuro de la España primitiva, el caballo herido arroja su lengua afuera por el dolor que no se soporta, la madre con el infante muerto, los sueños rotos y la vida sin futuro. Fue mal visto por la crítica por no usar el color, por no tener claridad en el tema. Pero el juicio de la historia ha situado el Guernica de Picasso como la obra emblemática del siglo XX y como una de las más verídicas representaciones del horror que causa la guerra.

Obras de arte hay muchas, los museos tienen las bodegas repletas, pero hay algunas que están tan intensamente llenas de contenido que pasan a ocupar un lugar excepcional en el Parnaso del arte. En Guernica no hay ningún elemento descriptivo de la tragedia. No se ve el pueblo ni su sagrado árbol ni las bombas ni los aviones, pero de la compleja composición, de la deformación de los cuerpos, del dramático uso del blanco y del negro, surge en símbolos la rabia explosiva que siente el artista hacia la violencia y la destrucción indiscriminada.

Cuando España es invadida por las tropas de Napoleón surge una voz que grita angustiada. Esta voz viene de un viajero que transita por la senda del dolor desde hace una década. El viejo y decrepito Francisco Goya, además incomunicado del mundo por su sordera, adorna irónicamente el comedor de su casa con las imágenes más pesimistas de lo que puede ser la naturaleza humana. El crimen, la locura, el odio, la desesperación, también la compasión y el humor, el realismo y la fantasía campean en estas imágenes bautizadas con propiedad "las pinturas negras", en el comedor de esta residencia con propiedad también llamada, "La Quinta del Sordo". Dice Buda: "Les mostraré la pena porque ella nunca se acaba. El hombre es como un simio enojado actuando tales escenas de locura que hace llorar a los ángeles". Este hombre septuagenario, impedido físicamente, ladrillo tras ladrillo va construyendo "Los Desastres de la Guerra" como el

monumento visual más grande que conoce la humanidad. Monumento a la estupidez humana que con una mano construye y con la otra destruye, con sus supersticiones que a veces las llaman religión como un pretexto para masacrar a los que no concuerdan con sus liturgias y poder, la bestialidad de la guerra que justifica el robo y la violación, todo lo cual Goya corona con el grabado de la imagen de una mujer muerta que lleva el epígrafe: "La verdad ha muerto". La premonición de aquel otro grabado donde los cuerpos yacen despedazados con piernas por un lado, torsos quebrados, cráneos sin cuerpo, el todo como una pila de basura. Esto mismo veríamos más tarde en Alemania, en los campos de concentración, en escenas filmadas por los mismos victimarios en su manía de ordenar, catalogar y numerar, donde se ven los cuerpos amontonados de judíos, gitanos, homosexuales, arrastrados por un bulldozer para conformar una colina de deshechos humanos. También Goya, como Picasso en el

Guernica, recurre al blanco y al negro, a esos negros de agua fuerte, densos, aterciopelados, nunca imitados. Cuando la verdad se junta con la belleza el arte va más allá del arte.

En mi escritorio tengo frente a mí una tarjeta postal del Guernica y otra con la Venus de Boticelli. El cuerpo alargado de la joven, sus cabellos interminables, la delicadeza del aire me traen esperanzas en el hombre y en su destino futuro.

El dolor, el rechazo a la violencia, al igual que el erotismo, está presente en la obra de casi todo artista, porque todo acto es político o erótico. A veces él es biógrafo de sí mismo y se retrata arrinconado, en una atmósfera acre y lacerante. Francis Bacon, homosexual, alcohólico, testigo de la Segunda Guerra, desfigura los rostros, mezclando distintas frentes, perfiles y escorzos en la misma imagen. Es el hombre destruido después de la guerra o después de cualquier batalla perdida, con su identidad nublada



en medio de la muchedumbre. El pintor se pinta a sí mismo y como Flaubert podemos decir: "Madame Bovary c'est moi". Un teatro de la vida en donde el mensaje está en forma enigmática o metafórica y otras veces se presenta de una manera visceral, próxima al panfleto. El recado nunca es tan claro para el intelecto, porque las palabras no pueden reemplazar su existencia. Es cambiante según la persona que lo mira y ese diálogo permanente entre inventor y observador explica la vitalidad y la permanencia de la imagen pintada.

En ocasiones el artista acusa al Estado por su poco respeto por la vida de los ciudadanos. "La Balsa de la Medusa" describe la escena en donde los naufragos del hundimiento de un navío mueren de hambre y sed. Sólo han logrado salvar toneles de vino del barco hundido y ebrios terminan en actos de canibalismo. El cuadro recorre Europa, la gente pagando por la entrada, cual una pieza de teatro. Es un escándalo, el barco es del Estado francés, las autoridades quieren censurarlo, pues por un increíble desprecio por la vida de los marinos, el barco no tenía botes salvavidas. Al igual que "La Nave de los Locos" de Gerónimo Bosch, la imagen va más allá de la temática. ¿No es toda la humanidad la que navega a un triste destino por la inoperancia y poca previsión de los políticos y las autoridades? En una de las obras de "La Quinta del Sordo", dos hombres se hunden en la arena movediza, sin embargo no dejan de atacarse uno al otro con la muerte en sus narices. Goya se refiere a la guerra civil una vez que las tropas de Napoleón abandonaron España, ¿pero no es ésta una premonición de lo que sucede en este mundo del Tercer Milenio luchando unos con otros con la espada de Damocles del poder nuclear suspendido sobre nuestras cabezas?

Resultaría cínico o sardónico proclamar que el dolor es motivo de inspiración para el artista, como si extrajéramos nuestras imágenes de vyeristas de la carroña humana, pero en verdad lo que nos indigna no puede ser ocultado ("Mi pluma está más cerca de la sangre que de la tinta", García Lorca)

Hace algún tiempo leí "La Peste" de Albert Camus. Quedó grabada en mi mente la persona del viejo escritor fracasado que no consigue encontrar el comienzo para su novela. Es la peste bubónica en Orán, centenares de personas mueren diariamente ante sus ojos, con los cuerpos negros hinchados y llenos de pústulas. Sin embargo a él sólo le preocupa el orden del sujeto y predicados de su escritura; así a veces escribe "En una bella mañana del mes de otoño, una joven amazona cabalga en el Bosque de Boulogne", pero no le agrada este orden y corrige: "En el Bosque de Boulogne una joven amazona cabalga..." y así sucesivamente queda detenido en el formalismo de las frases mientras pasan ante su ventana las carretas con cadáveres. Cuando leí el libro pensé que Camus hacía una cita sobre el egoísmo, sobre lo patético de este personaje, insensible a la tragedia. Sin embargo más tarde encontré que además tiene otra lectura. Este hombre busca con tozudez la perfección, con lo limitado de su talen-

to lucha con las palabras en pos de la armonía, el ritmo adecuado, para alcanzar finalmente lo que para él es la belleza.

Esto también sucede en la Pintura.

En la Italia de la Segunda Guerra Mundial, Giorgio Morandi se limita a pintar botellas. Se escapa de ellas un aura metafísica en su sutil diferencia de iluminación, en sus texturas, en las relaciones entre arcilla, vidrio, porcelana. Hay algo indefinible que si bien entra por los ojos nos lleva a la filosofía, a apaciguar con el orden la confusión de la vida. Nos transmite visiones de aguas quietas para volar, para soñar, para parecernos a un creador. Es poesía en imágenes, es música de las formas, de los colores y de las transformaciones simbólicas de la materia. Este es otro camino de cómo los artistas reaccionan ante los conflictos. Ante la violencia imaginar la paz, ante la angustia acogernos a la serenidad, ante el temor la confianza en el hombre y la esperanza en que la verdad y la belleza primen en el Ser Humano.

Los caminos del Señor son infinitos y he mencionado en estas líneas sólo algunas de las respuestas que el artista como testigo de su tiempo puede imaginar Frente a acontecimientos penosos el concretar una imagen le puede llevar mucho tiempo. Tiene que adecuar el suceso a su estilo y a su técnica. Guernica es una gran obra no sólo porque narra una tragedia sino porque es una obra de arte. Picasso sin sus pasos por la dura disciplina y mirar nuevo del cubismo no podría haber creado esta obra como ahora la vemos, pues es la variedad de matices que van del blanco al negro, la adecuación de los personajes en la composición, la creación de formas temerarias que sin embargo se unifican con su pasado, la síntesis a expresar restringiéndose a dos colores, similar a una partitura de un conjunto de cámara, más todo el ambage que le trae la historia de la pintura española, de sombras y de luz, como en Ribera, Goya, Velázquez. La imagen del pintor no tiene la inmediatez del periodista o de las imágenes de la televisión. Para que esta visión trascienda y permanezca debe entrar por los ojos, airearse en los pulmones, meditarse en el cerebro, sentirla con el corazón, digerirla en el estómago, inquietarla con el sexo y finalmente entregarla con amor. De ahí el valor de su testimonio.

Hace dos años pinté una serie de cuadros sobre el hombre del Tercer Milenio. La entrada a éste fue celebrada con fuegos artificiales. Ahora el estallido de las bombas deshace nuestro optimismo.

Dos semanas atrás volvía en avión desde la ciudad de Concepción. Al mi lado venía una niña de unos ocho años. En un momento ya con el avión en vuelo, la niña le preguntó a su madre: "Mamá, este avión va para adelante o para atrás?"...